

Exhortados a la Esperanza

En el mes de enero se cumplió 10 años de la visita a Cuba del papa Juan Pablo II. Una década es un tiempo que exige reflexión, tanto para recordar sus consejos como para valorar la resonancia de éstos en la sociedad cubana. Claro que este espacio no permite mucho análisis, pero al menos será posible presentar un esbozo —aunque simple y parcial.

I

Comenzaré recordando algunas de sus exhortaciones encaminadas a fortalecernos en la esperanza de trabajar por una comunidad nacional cada vez más humana y equilibrada. Para lograrlo, el Papa nos habló sobre la persona (sujeto y fin de toda colectividad), de la familia (célula fundamental de cada sociedad), de la Iglesia (sostén espiritual de todo hombre y mujer), de la educación (elemento esencial para que toda persona sea cada vez más humana), así como de los principios sociales que debe procurar una comunidad cuando pretende garantizar el equilibrio y el ascenso continuo.

Al respecto indicó que cada cubano debe ser honrado y veraz, fiel y sensible con el prójimo y su sufrimiento, así como amar la vida desde su concepción. Igualmente sostuvo que cada cubano debe crecer en el seno de una familia unida, donde se respete la autoridad de los mayores, y se goce de un alto sentido de responsabilidad, así como de alegría y optimismo.

Del mismo modo opinó que cada cubano debe ser protagonista de su propia historia personal y nacional, con el propósito de gestionar una sociedad donde se conjugue libertad y justicia social, libertad y solidaridad, sin que ninguna quede relegada a un plano inferior.

Para lograrlo, esclareció, cada persona debe gozar de libertad de expresión, capacidad de iniciativa y de propuesta en el seno de la sociedad civil y de la adecuada libertad de asociación, para colaborar eficazmente en la búsqueda gradual del bien común, así como en la consecución de una síntesis donde todos los cubanos puedan identificarse. Pero, aclaró, esto debe procurarse con serenidad y espíritu constructivo y respetuoso, evitando confrontaciones inútiles y fomentando un clima de positivo diálogo y recíproco entendimiento.

Para ello, precisó, es imprescindible aprender el difícil arte de pensar correctamente y con cabeza propia. Por eso, señaló, todos deben ser educados para la libertad y la responsabilidad, con un proyecto ético forjado en su interior. En tal sentido, sentenció, los padres deben ser los primeros y principales educadores de sus hijos, y por tanto han de poder escoger el estilo pedagógico, los contenidos éticos y cívicos y la inspiración religiosa en los que desean formarlos integralmente.

En este sentido indicó que: el proceso de construir un futuro con todos y para el bien de todos, necesita que la familia, la escuela y la Iglesia formen una comunidad educativa donde los hijos de Cuba puedan crecer en humanidad. Convencido de cuanto puede aportar el Evangelio al crecimiento humano exclamó: “No tengan miedo de abrir sus corazones a Cristo, dejen que él entre en sus vidas, en sus familias, en la sociedad, para que así todo sea renovado. El mensaje del Evangelio conduce al amor, a la entrega, al sacrificio y al perdón, de modo que si un pueblo recorre este camino es un pueblo con esperanza de un futuro mejor.” La Iglesia, enfatizó el Papa, debe ofrecer una formación moral y social, cívica y religiosa, que ayude a los cubanos a crecer en los valores humanos y cristianos.

Asimismo, y teniendo en cuenta la importancia de la comunión de Cuba con lo mejor del mundo, invitó a “Que Cuba se abra con todas sus posibilidades al mundo y que el mundo se abra a Cuba, para que este pueblo, que como todo hombre y nación busca la verdad, que trabaja por salir adelante, que anhela la concordia y la paz, pueda mirar el futuro con esperanza.”

II

Los mensajes del Papa en Cuba fueron, en mi opinión, acogidos con entusiasmo por la generalidad de los nacionales. La inmensa mayoría, de un lado u otro del espectro político, se sintió identificada con sus

exhortaciones. Excepto, tal vez, algún que otro extremista liberal o comunista. Hasta las mismas autoridades, estoy casi seguro, sintieron agrado por el proyecto personal, familiar y social presentado por Juan Pablo II, aunque pueda no haberles agradado ciertas referencias que pudieron parecer críticas.

El misterio de esta acogida consiste, en mi opinión, en que el conjunto de mensajes del Santo Padre puede ser el sustento de todo un proyecto personal y comunitario que, inspirado en el Evangelio y presentado desde el magisterio de la Iglesia, expresa los anhelos más profundos de la nación cubana. Dichos ideales, opino, constituyen la esencia de lo mejor del pensamiento cubano. Han sido el sustrato de las aspiraciones de aquellos intelectuales que durante el siglo XIX pensaron a Cuba, de los más lucidos entre aquellos que se lanzaron a la manigua para procurar la independencia y de la inmensa mayoría de quienes en el siglo XX sustentaron el ideal revolucionario.

Aunque las circunstancias no hayan favorecido la realización plena de estos ideales, ellos han estado presentes al menos en la conciencia de la nación. Y el papa Juan Pablo II, informado sobre la historia del pueblo cubano y conocedor de su alma cristiana, nos ayudó a formular esas nobles esperanzas de una manera genial y moderna. Lo hizo en un momento especial de nuestra historia, cuando la realidad sociológica demanda una inflexión, y para pensar en cómo lograrla muchos buscan en las entrañas históricas de la Isla, así como en la experiencia universal.

Esas formulaciones del Papa están cada vez más presentes –se tenga conciencia o no de ello- en el pensamiento de una buena parte del grupo cada vez más amplio de nacionales que piensan a Cuba. Y lo más importante, según mi criterio, es que esas enunciaciones pueden comenzar a sustentar criterios sobre cómo reorganizar la vida nacional. Lo cual es hoy mucho más factible que hace diez años, pues el país parece iniciar un proceso de reflexión acerca de su intrínquis social.

Mucho pudieran aportar los católicos cubanos a ese anhelo común, incorporando los ideales sociales del Evangelio, erigidos sobre el pilar del mandamiento nuevo que indicó Jesucristo: ámense unos a otros, incluso entre enemigos, como yo los he amado –nada más y nada menos que como Él nos amó, hasta la entrega de la vida. Esto, por supuesto, exige de un laicado capaz de cultivarse continuamente, tanto de manera intelectual como espiritual. Pues la participación social del cristiano (tan solicitada por Papa durante su visita) demanda mucho conocimiento de causa y mucha altura de espíritu –ese debe ser su sello identificador.

Los laicos católicos cubanos, diez años después de la visita de Juan Pablo II a Cuba y en las actuales circunstancias en que vive el país, debemos interrogarnos acerca de cuánto podemos hacer, con serenidad y espíritu constructivo y respetuoso, para que la sociedad logre una síntesis cultural y política donde todos los cubanos puedan identificarse, así como un mayor equilibrio entre la libertad y la justicia social, la libertad y la solidaridad, sin que ninguna quede relegada a un plano inferior. También, y con el propósito de contribuir a lo anterior, hemos de indagar sobre qué podemos hacer para que la Iglesia pueda participar aún más en el cultivo espiritual-humano del pueblo cubano. Igualmente debemos preguntarnos cómo podemos ayudar para que Cuba se abra a lo mejor del mundo (no a sus lados oscuros) y el mundo se abra a Cuba.

En relación con esta frase del Papa (que Cuba se abra al mundo y el mundo se abra a Cuba) he hallado diversas interpretaciones, algunas en mi opinión muy simples, pues reducen la expresión a un deseo de que las autoridades de la Isla incorporan a Cuba las estructuras políticas prevalecientes en el planeta. No creo que esta sea la esencia de tal enunciado de Juan Pablo II, quien durante su homilía en La Habana cuestionó el fundamento de los sistemas imperantes (si bien en cada uno de ellos puede haber aspectos positivos).

Siempre he interpretado, aunque puedo estar equivocado, que el Sumo Pontífice pretendía estimular a que se desatara un proceso de acercamiento entre Cuba y todos los países del mundo, sobre todo de la parte occidental, marcado por la carencia de prejuicios y la comprensión necesaria, con el objetivo de lograr un clima de confianza y una interacción (social, económica, cultural, académica, política, jurídica...), capaz de facilitar que el pueblo cubano pueda emprender el camino hacia la normalidad y en armonía con el concierto de las naciones aporte a ese proceso de búsqueda de un contexto internacional donde prevalezca una democracia sustentada en la justicia y una globalización de la solidaridad, alimentadas por una nueva civilización sostenida en el amor. Lo cual, por supuesto, demanda una normalidad en las relaciones políticas y diplomáticas entre los Estados y con los organismos internacionales.

Sobre este último aspecto, en mi opinión, las autoridades del país han mostrado cierta disposición para lograr relaciones adecuadas con el resto del mundo, aún cuando han mantenido algunas reservas, en algunos casos justificadas, para con ciertas entidades internacionales, como por ejemplo: el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

En las relaciones con el tercer mundo han existido algunos problemas, pero ellos no han llegado a ser traumáticos. La cuestión peliaguda ha sido con Europa y especialmente con Estados Unidos. Sin embargo, es necesario señalar, la mayoría de los países europeos, incluso la Unión Europea en tanto sujeto jurídico y político, están canalizando la normalización de las relaciones con la Isla. Se puede discrepar de actos del gobierno cubano, así como señalarlos y dialogar sobre ellos, pero no es necesario ni beneficioso para nadie llegar a la confrontación y mucho menos a la ruptura.

Por otro lado, en Estados Unidos existen muchos políticos, intelectuales, empresarios y otros, que aspiran a la normalización de las relaciones entre los dos Estados. Por su parte, el gobierno cubano, en la persona del general Raúl Castro, ha reiterado últimamente el deseo de dialogar con el objetivo de llegar a un acuerdo encaminado a establecer relaciones entre ambos países –algo que desde hace mucho el pueblo de la Isla desea y necesita.

Sin embargo, la actual administración norteamericana condiciona cualquier cambio de política hacia Cuba a un conjunto de parámetros políticos que según su criterio el gobierno cubano debe cumplir previamente.

Esto, en mi opinión, es un error. En Cuba, es cierto, muchas cosas deben cambiar. Pero no son ellos quienes tienen que decir cuáles cambios debemos hacer ni cómo hacerlos. Eso es una responsabilidad del pueblo cubano que, Dios mediante, debemos cumplir. Incluso, la normalización de las relaciones entre ambos Estados facilitaría la estabilidad interna, condición necesaria para que se abran cada vez más los espacios sociales y las posibilidades de hacer coincidir las necesidades humanas con las facilidades para satisfacerlas.

No obstante, pese a la carencia de relaciones con el vecino del norte, quizá sea posible encauzarnos hacia esto último, pues el pueblo lo necesita y las autoridades parecen tener conciencia de cuán urgente es resolverlo -y ello tal vez facilite que el gobierno de Estados Unidos cambie de opinión.

Mucho pudiera contribuir en ese esfuerzo de búsqueda para hacer coincidir las necesidades humanas con las facilidades para satisfacerlas, los consejos que nos diera hace diez años el papa Juan Pablo II. A los laicos católicos cubanos nos corresponde incorporarlos activamente al diálogo social e intentar hacerlos vida.